

## **Jueves 14 de agosto**

Esta mañana Román amaneció asustado. Al observarlo recordé que era la misma cara de miedo que tenía el día en el que me dirigía al altar donde me esperaba con sus manos empapadas de sudor y las rodillas de papel temblando.

A partir de hoy ya no necesita la mascarilla de oxígeno para respirar. Por fin se levantó, Román, un niño de meses caminando torpe y lentamente hasta el baño, se lavó la cara y después se examinó sin deseo de verse en el espejo, porque conocía perfectamente el reflejo que le devolvería, el rostro de un infante asustado, el de un adolescente demacrado y perdido en un mundo de adultos. Ahí en el lavabo su pulso me recordó el día en el que me colocó el anillo de compromiso frente a toda la familia. Desde que lo conocí supe que era incapaz de controlar sus emociones. Salió del baño y encendió el televisor, se recostó con precaución en la cama. Tenía un color que no era ni siquiera pálido, era más un amarillo verdoso el que cubría los poros de esa piel demacrada.

Minutos después entró Alberto, con ese paso apresurado digno del abogado encargado de la parte jurídica de los negocios de mi suegro, enfundado en uno de esos trajes oscuros como los que tanto apreciaba mi esposo. Desabotonó el saco y se sentó con cuidado para no arrugarlo demasiado, era momento de repasar la declaración de Román. Podía notar en la mirada de mi marido que su mente estaba en otra parte, siempre supe adivinar cuándo dejaba de prestar atención, podía indicar perfectamente el segundo en el que su cerebro se fugaba, ahora quizá pensaba en mí, aunque me deshice de esa idea inmediatamente, cosa a la que por fortuna ayudó la entrada del jefe de la policía con su ceja de gusano azotador y varios agentes detrás de él.

Román habló de cuánto me quería, de lo felices que éramos en la casa que él había construido para mí, cumpliendo cada uno de mis sueños, que llamó caprichos... (¿Caprichos?) yo quería un jardín con una mesa para cuatro, pero él quería una enorme parrilla para las taquizas; yo quería un vestidor para cada uno y él rápidamente llenó el suyo; yo dije de un cuarto de tele y él compró el plasma más grande de la tienda y los videojuegos; yo quería una cocina amplia, sin embargo no la hizo como le pedí; le dije que deberíamos tener un par de recámaras más, por el futuro y los invitados y a regañadientes las proyectó; eso de los caprichos era una más de sus mentiras. Yo nunca pedí un bar con mesa de billar ni tiro de dardos...

Sus ojos se paseaban por las persianas, recorriéndolas lentamente en su horizontalidad, después viajaban a la ceja del policía, de la que se iban corriendo a la grabadora para posarse tranquilamente en la mirada de su abogado, que lo observaba orgulloso, como un padre cuyo hijo recita un poema aprendido de memoria frente a las visitas.

Después dijo que había comprado la pistola porque "alguien había intentado entrar a la casa un par de semanas antes" y pensó que, ante el incremento de la delincuencia en la ciudad, sería necesario tener otro tipo de protección más allá de las alarmas, además, era su "derecho ciudadano", afirmó envalentonado.

Yo ni siquiera me había enterado de todo aquello, ni del intento de robo a la casa, ni de que Román supiera sus derechos ni mucho menos de que considerara comprar un arma y luego dispararla.

Cuando mencionó al "sicario" que me disparó por la espalda sus manos comenzaron a sudar, las pasó repetida e instintivamente por sus muslos intentando secarlas, lo hacía

todo el tiempo cuando estaba nervioso, pero parece que nadie más se dio cuenta de ello. "Dormíamos en la recámara cuando de pronto entraron tres sicarios (nunca lo había escuchado decir esa palabra en otra circunstancia que no fuera viendo una de sus series favoritas o el noticiero), eran poco después de las seis de la mañana y un ruido extraño hizo que se levantara mi amada Lucero (¿Me levanté...?). Ella, al ver a un sujeto armado, trató de huir, por lo cual desgraciadamente recibió un balazo por la espalda... Yo me encontraba dormido pero desperté en cuanto escuché la detonación... En el momento en que me incorporaba para ver lo que había sucedido recibí el disparo..." Intentó que sus ojos lloraran, lo había visto mil veces hacerlo, apretaba los párpados como si quisiera exprimir los globos cafés para que derramaran una gota de falsa piedad, pero esta vez no le funcionó, con la mirada gacha y casi susurrando afirmó "intenté detenerlo, luchar con él, pero después del impacto en el abdomen ya no pude hacer nada".

En todo ese tiempo el gusano unicejo del jefe de la policía no se movió ni un centímetro, posiblemente no creía nada de nadie (sus ojos se habían hecho fríos y astutos después de décadas de escuchar las mentiras en busca de salvación de todos los culpables), nada de lo que había dicho el pobre de Román. Alberto lo consolaba y después de unos segundos sin pronunciar palabra, todos abandonaron la aséptica habitación del hospital.

Solo, mi esposo se derrumbó, lloró sin necesidad de estrujar los párpados, no supe precisar de dónde le venía esa lluvia interminable porque nunca lo había visto resquebrajarse así, con las puertas abiertas de una catarata interna. Afuera, el policía que estaba de guardia custodiándolo escuchó los sollozos hasta que se fueron

diluyendo con el sonido, primero débil y cada vez más fuerte,  
de una cumbia de su teléfono celular. Lo llamaba su esposa.

## **Viernes 15 de agosto**

Los periódicos de hoy vienen con una conmovedora carta firmada por mis padres y mis suegros. Las palabras de la familia ocupan una plana completa en cada diario. En cambio la nota de nuestra boda a finales del año pasado apenas fue de media plana con un par de fotos desenfocadas en las escaleras de la iglesia. Mi apellido estaba mal escrito y a Román lo habían convertido en Ramón. Estaba todo tan mal hecho que parecía a propósito, como si les hubieran pagado expresamente para ridiculizarnos.

Al día siguiente de la boda corrí a la puerta para ver la nota en el periódico al que estábamos suscritos, después de revisarla pensé que había sido idea de alguna de mis viejas amigas (probablemente Tania o Samantha).

La foto principal era una imagen absurda que nunca se me podrá olvidar: los padrinos desenfocados como fantasmas, las damas con las miradas perdidas, yo parada con el ramo torcido viendo a un perro atravesándose, con el chofer más cerca de mí que mi esposo, mi padre saliendo de la iglesia estornudando y mi madre frunciendo el seño por el sol del mediodía, un vendedor ambulante parecía el padre del novio por la cercanía y la dirección de la mirada. La larga cola de mi vestido no se veía por ninguna parte; además habían extendido la foto hacia los lados y mi esposo y yo parecíamos un par de bodoques, todo terriblemente mal hecho y con un fondo rosa mexicano que parecía más una fiesta de día de la independencia que una boda. Era absolutamente de mal gusto. Incluso nuestros padres se molestaron, era lógico, el hijo de Don Rivera y la única flor del jardín de los Ruiz se unían y los testimonios de ello estaban fuera de foco.

En cambio la carta que apareció esta mañana en los periódicos, firmada por las familias Rivera-Ruiz, estaba

perfectamente impresa, sin recortar ni una sola firma, sin confundir los nombres, incluso resaltaba en negritas los apellidos de las dos familias. Esta vez se habían asegurado de tener el control sobre todos los detalles.

Era una carta como las reuniones de familia, insípida y prepotente, llena de esa presunción de ser más que los demás (que domina sobre todo a Don Rivera), grisácea como las sonrisas de mi madre, incoherente como los chistes de Román, vacía como la pose enhiesta de mi suegra, melancólica como mi padre.

Creo que para los periódicos fue un buen negocio porque realmente no decía nada y las familias se habían encargado de que saliera en todos los diarios en plana completa. Las dos familias (el clan de los silencios y el de las poses de plástico), negaban cualquier posibilidad de culpa en alguno de sus miembros, acusaban a la corrupción y negligencia de la policía, a quienes señalaban como los principales obstrutores de la justicia que impedía esclarecer el caso en el que Román y yo habíamos terminado tan mal.

Al final, hechas con prisa, porque no había ningún trazo de calma en ellas, estaban las firmas de mi padre y mi suegro, ambas subrayando el hecho de que no volverían a dar declaraciones a la prensa. Con hechos como ese se hacía evidente que la serenidad estaba lejos de las dos familias.

## Lunes 18 de agosto

Estos han sido días aburridos, han pasado con la lentitud de la tarde previa a la cena de Nochebuena, al menos así los he sentido. Únicamente rompen la calma los policías que vienen y van de casa, entran y salen como si, en vez de nuestra, fuera de ellos. Se meten en los cajones y revisan mis cartas; a veces tengo que vigilarlos de cerca por miedo a que se roben mis alhajas, aunque nunca he visto que falte nada, mas vale prevenir.

Los uniformados vienen tan seguido que ya comienzo a ubicarlos: el calvo incipiente, que no se quita la gorra para evitar las bromas; el torpe de manos, que siempre está a punto de tirar algún regalo de cristal cortado; el prepotente, que se cree capitán sin serlo y que camina como personaje de película; y el que apenas me llega al hombro y nunca me mira de frente.

En grupos o separados caminan por los pasillos y, nuevamente, contemplan atentos y en silencio mi ropa interior como si en ella se escondieran pistas para resolver el crimen, revisan los sacos de Román y huelen mis perfumes desperdiciándolos al aire, o juegan solitario en la computadora del estudio mientras se atreven a decir que "están buscando archivos".

El otro día sorprendí a uno de bigote ralo y pelos necios con unas fotos mías de las vacaciones en la playa, unos meses después de que acabara la preparatoria; el bastardo las miraba lleno de deseo, se las comía con los ojos y sus manos ansiosas sudaban, pensé que, de haber estado solo, habría sido capaz de meterse al baño con ellas. Al principio me molestó la idea y sentí repulsión e incluso algo parecido al odio por él, pero dentro de mí, muy al fondo experimenté una sensación, un impulso eléctrico recorriendo

mi espina dorsal de arriba hacia abajo, algo que Román nunca me había provocado. Era la primera vez que alguien me dirigía ese tipo de mirada tan abiertamente. Diciendo sin decir que sí, que yo le provocaba deseo.

### **Miércoles 20 de agosto**

El jefe de la policía volvió a hablar esta mañana (en medio de toda la gente anónima que se pasea por la estación cochambrosa), anunciando que la procuraduría a su cargo había "pedido el apoyo de especialistas de otros estados para que colaboren en las pesquisas". Lo único que eso significa para mí es que investigadores de otras partes del país ahora van a meterse a la casa, a revisar mi ropa, álbumes, cartas y computadora, en "busca de pistas". Como si los de aquí no lo hubieran hecho ya.

Con ese gesto prefabricado con el que suele hablar frente a los micrófonos, el jefe de la policía también anunció que a Román le harán otras pruebas para ver definitivamente en calidad de qué estaba considerado mi marido.

A mí todo esto empieza a tenerme un poco aburrida y harta. Sólo espero que termine lo más pronto posible, que dejen de hablar de mí, de mi familia, de mi esposo, de mis cosas, que dejen de interpretar mi postura en una foto o la inclinación de mi letra cuando escribía en mi otro diario lo que Román me había dicho o hecho; que ya no le pregunten a mis vecinos ni a mis amigos nada de nosotros.

Irma y Pablo se atrevieron a decir que nos gritábamos todo el tiempo, como si ellos durmieran en un lecho de rosas (además de ser insufribles resultaron hipócritas); Gustavo y Susana al menos tuvieron la delicadeza de decir que éramos una pareja normal, aunque Gustavo no pudo aguantarse las ganas de decir que era sospechoso que de pronto compráramos dos camionetas y remodeláramos "la terraza con ese jacuzzi" (como si no lo hubieran disfrutado en el verano con nosotros, malditos envidiosos); Camila, con su pose de vampiresa de segunda y Juan Carlos, con esa abulia abdominal, dijeron que

casi nunca los invitábamos a nuestras barbacoas y que parecía que mi esposo "estaba metido en algo raro" porque no era normal que tuviéramos "tanto dinero" (como si no supiera quiénes son nuestras familias, nuestro abuelo en la ciudad, los negocios de mi suegro y la clínica de mi padre).

Hasta mis tres mejores amigas salieron a dar la cara, pero no por mí, sino por ellas, a inventar cosas o a decir medias verdades que a nadie le incumben y que nada tienen qué ver con lo que ha sucedido.

Samantha, con esa patética idea de ser la próxima estrella de cine por descubrir, apareció en la portada de un diario. El encabezado decía "Entrevista exclusiva" y debajo se leía "una amiga íntima de la familia detalla la relación de la pareja Rivera-Ruiz". Dijo que yo era "muy insegura y que celaba a Román, aunque con razón, porque él siempre se ha creído un galán". La maldita aseguró que yo ni siquiera sabía cocinar y que si no fuera por el horno de microondas mi esposo moriría de hambre. Después se atrevió a decir que yo me había agriado con los meses, que siempre me quejaba de mi vida matrimonial y que cada que podía salía y coqueteaba con quien fuera.

Leer eso me indignó tanto que si la hubiera tenido frente a mí le habría dicho lo que realmente pienso de ella, de lo patética que es, pero no estaba, ni ella ni Adela ni Tania, que también aprovecharon para dar entrevistas del mismo tipo y decir todo lo que nunca se han atrevido a decirme de frente.

¿Qué clase de amistad es esa? Cuando se supone que la gente que te quiere y en la que puedes confiar te clava un puñal por la espalda a la menor oportunidad, con tal de tener por un segundo un absurdo reflector frente a ellas.

Por eso ya quiero que todo esto se acabe, que me dejen en paz.

## **Jueves 21 de agosto**

Los nuevos policías, venidos de otros estados a apoyar en la investigación del Montecristo 321, entraban y salían de casa guiados por el inútil, el gordo y el prepotente, quienes explicaban, haciendo un recorrido en el que se alternaban el protagonismo y de ser necesario se lo arrebataban, cómo se desarrollaron, teóricamente, los hechos, mientras los otros, los recién llegados, tomaban fotos, revisaban otra vez mis cosas y escuchaban, marcaban nuevamente la alfombra donde cayó Román y donde quedó mi cuerpo, hacían mediciones con sus cintas, llenaban papeles con listas en las que iban poniendo palomitas o taches, se comunicaban por radio y decían cosas que no alcancé a escuchar, estaba tan concentrada pensando en cuánto deseaba que desaparecieran, que no les puse atención.

Después de la una de la tarde todos salieron, bajo las miradas de los reporteros, de mis vecinas y de uno que otro de los primos de Román, esos perros guardianes pegados al teléfono, conectados a mi suegro, diciéndole quién entraba en casa, quién salía y cuánto tiempo pasaba dentro (como si esa información fuera relevante ahora que todo había pasado).

Por la tarde el jefe de la policía apareció en vivo en el noticiero, con el nudo de la corbata apretándole un poco los pliegues del cuello envejecido, perfectamente peinado y rasurado, sonriente por primera vez en mucho tiempo (se le veía vigoroso). Era una conferencia de prensa con el logotipo de la procuraduría detrás de él, lo que significaba que esta vez se daría una postura oficial sobre los acontecimientos. Al menos, pensé.

"Buenas tardes a todos los amigos de la prensa y a la comunidad que nos ve a través de las cámaras de televisión, este día, después de las últimas pruebas realizadas por los peritos especialistas que tan amablemente nos han apoyado en

la investigación de este caso, que tanto ha cimbrado a la comunidad, hemos podido establecer una línea que parece no tener fisuras, por lo tanto, el juez del juzgado de Defensa Social concedió el arraigo por treinta días al señor Román Rivera, por considerarlo presunto autor intelectual de los hechos ocurridos el pasado día 11 en su casa del fraccionamiento Montecristo".

La saliva atravesó mi garganta en forma de piedra, ese era un giro inesperado. No podía creer lo que acababa de escuchar, ¿Román autor intelectual del disparo? ¿Él mandó a alguien a que me disparara?, ¿Era una especie de venganza? ¿Contra mí, contra mi padre?, ¿Por qué quería que me dispararan, yo qué le había hecho? Y si todo ello era verdad, entonces ¿Por qué le dispararon a él también?

"Las pruebas, peritajes y estudios científicos realizados por especialistas de ambas procuradurías arrojaron elementos que incriminan directamente al empresario de ser el autor intelectual del crimen", dijo el jefe de la policía y mientras más lo enfocaban, más se veía en sus pupilas y en la leve inclinación de su labio inferior, que esto le sabía a victoria.

Mi esposo escuchó la declaración acompañado de su padre y del mío, nadie fue capaz de decir algo que aliviara la tensión. Cuando la señal del televisor desapareció, y con ella la figura del jefe de la policía, sólo había siluetas en esa habitación sin personalidad cuya zozobra podía cortarse con cuchillo.

Afuera el ronroneo de los reporteros crecía segundo a segundo en cada una de las paredes del hospital. Un enjambre de preguntas se cernía sobre las cabezas de nuestros padres y ninguno de los dos quería contestarlas.

Román estaba pálido y su cuerpo era esa hoja en la tempestad que solía ser cuando no tenía el control de las cosas, como el día en el que me vio desnuda por primera vez y sus manos temblorosas e inexpertas, pero llenas de esa prepotencia masculina aprendida en la televisión, me tocaron. No fue la mejor experiencia de mi vida, hubiera preferido algo más tierno.

Es lo malo de aprender del sexo a través de la televisión, sólo te enseñan el pre y el post pero nunca el inter, que es la parte importante. Román y yo nos topamos con ello la primera vez, un poco de incomodidad por aquí y por allá, un poco a la fuerza y con la tensión ganándole terreno al deseo a cada segundo.

Después la situación en la cama no mejoró, incluso se volvió rutinaria y, con el tiempo, prácticamente fantasmagórica, la misma historia de mis amigas y supongo que de muchos más... Claro que pasa una que otra vez, cuando vienes de vuelta de la fiesta de alguien y las copas se te han subido a la cabeza y Román siente un poco que le hierve la sangre, aunque no sabes si es por ti o por alguien más, pero no importa y así, rápido, en un momento estás desnuda y al siguiente Román está dormido. Todo termina y, lo que parecía excitante dentro del auto de camino a casa, no es más que una decepción.

Por ello en ese momento no pude relacionar a esa persona (inexperta, aburrida, monótona y absolutamente predecible) con el supuesto autor intelectual del crimen. Para mí no existía una conexión posible entre el timorato de mi marido que podía temblar y sudar cuando me atrevía a preguntarle por qué había llegado tarde (sabiendo perfectamente que había estado con su secretaria) y una mente criminal capaz de organizar un ataque como el que hubo en mi casa. Eran las dos

caras de monedas diferentes, no tenían ni la más mínima posibilidad de compartir algo, ni una sola conexión. No podía haberla.